

CARMEN ROSENZWEIG •

Brota el día

I

Es posible haber errado
en la vocación más grande de mujer,
seguir avanzando hacia el futuro
aún posible
sin apenas dejar
permanecido un rostro.

En París, Josephine, en el Olympia
hube querido seguir tus ojos:
escuchar cadencias de compartido acento
y verte deslizar en el arte mismo
estrecho, sobrehumano,
itinerante y pleno
—acto de vida viva más allá del placer—
de sobrepasar tu medida.

Pero no atiné a encontrarlos.

Me pregunto
en la noche preñada
de un chiflón de reflexiones vivas
si anticipadamente aparecieron

acompañados del anhelo,
rasgos comunes
que de algún modo prohijaran
feliz y delicadamente
impenetrables alumbramientos.

1986

II

Tú, el reverbero
aquietándose.

Es posible consumir
tu tiempo soberano
en la transformación apenas
del frágil grano germinado;
sin tropiezo grosero
ganas acaso
tu batalla rala
con dignidad
aun cuando, cuántas veces
sintiendo
sobre un ríspido suelo
tan extenuante el camino.

Avisan goterones abultados
los escurrimientos del cielo
y después de su exceso,
el sol aparece siempre
con apapacho espléndido.

La semilla y la raíz
son los dos extremos
mismos, unidos

en tan fuerte guión de vida;
el largo proceso del ahijamiento
—moldear al diminuto fruto
sin estropeo de su ser entero—
parece llegar a término:
el pesado túnel de la noche
se abre
al merecer el brote de la aurora.
De cierto lo vas viviendo.

2003

III

La fuente de vida
el deslumbramiento
terrones negros
recibir la semilla

te abres tierra
con frutos inciertos
aunque hace frío
los frutos son buenos.

Toda te brotas
tierra;
pares briosa
y luego
te acurrucas en lajas
y te arrulla el río
con intemporal murmullo:

Mamá Dinditos
era mi madre.

2004